

UN HOMBRE, UN ARTISTA, UN MITO...

JOSEF VON STERNBERG

EL GRAN SOLITARIO
DE
SAN SEBASTIAN



Ignorado por los "oficiales", Sternberg permaneció, casi siempre, solo. En las comidas le acompañaban sus hijos Cathy y Nick y Lotte H. Elsner.

Por CESAR SANTOS FONTENLA

No creo excesivamente arriesgado el afirmar que nunca, en sus diecisiete años de existencia, el Festival de San Sebastián ha contado con la presencia, durante los nueve días de su duración, de una figura del cine tan grande como la de Josef von Sternberg, presidente, este año, del Jurado. Es, en todo caso, seguro que jamás una personalidad asistente al certamen ha estado tan abandonada, ha recibido tan poca atención como el autor de «El ángel azul». Es cierto que se trata de un hombre que ya no es joven, cuya última obra

→





data de 1953. Pero no lo es menos que se trata de uno de los pocos hombres que, a los cuarenta y cuatro años de iniciada su carrera, sigue contando en la historia del cine; de uno de los hombres cuya obra, lejos de envejecer, gana en modernidad al ser revisada al cabo de cuarenta, treinta, dieciséis años. Sin ir más lejos, el año pasado, Miguel Ángel Asturias —un gran escritor, desde luego, pero al fin y al cabo un hombre ajeno al cine, y que tiene sobre él ideas por lo menos peregrinas— era agasajado y asediado al ocupar el puesto que éste ha correspondido a Sternberg. Se organizaban cócteles en su honor, era presentado a la prensa, se le hacía un acto de homenaje proyectando un film —horrible film— inspirado en una de sus obras, acto montado con todo boato, y en el que participaba el director del certamen. Nada de esto ha ocurrido con Von Sternberg, que además de su presencia contaba con la proyección de diez de sus mejores films en la sección retrospectiva a él dedicada.

Solo, abandonado, arrastrando sus setenta y cinco años aún arrogantes, se le veía en el vestíbulo del Reina Victoria o del María Cristina. Su única compañía la constituía su hijo Nick, un muchacho de dieciocho años que pretende hacer cine, y Lotte H. Eisner, la mejor conocedora del cine alemán, autora de libros como «La pantalla diabólica» y «Murnau», venida expresamente para traer en propia mano las cuatro copias a proyectar en el ciclo procedentes de la Cinémathèque Française, donde trabaja activamente pese a sus muchos años. Más tarde, y sólo por unos días, se uniría al grupo Cathy, otra hija del realizador que hizo un salto desde Ginebra, donde trabaja habitualmente, para ver a su familia. El resto es silencio. Ni un informador, ni un fotógrafo se acercaron a Sternberg. El ciclo dedicado a sus películas se abrió y se cerró sin que nadie le diera un mínimo de solemnidad, de «oficialidad». En la sala, abundante gente joven y ausencia total de críticos de la prensa diaria —con la excepción de los de «ND» y «SP»— y de invitados al certamen como profesionales del cine, también con excepciones, éstas más numerosas, y también, en términos generales, definidas por su juventud. Evidentemente, quienes acuden a los Festivales para asistir una noche tras otra a cenas «de gala» que empiezan a servirse a las dos de la mañana, no están para retrospectivas que comienzan a las diez...

Sternberg, sin embargo, no tiene nada de inabordable. Está viejo, sí, y cansado. Pero en cuanto empieza a hablar con alguien que se interesa por su obra, por su persona, o simplemente por el cine, se revitaliza, se rejuvenece casi. En un primer acercamiento en el cóctel ofrecido por Rocío Dúrcal para anunciar el rodaje de su próximo film con Bardem —en el que, naturalmente, a nadie se le ocurrió, ni siquiera a fines publicitarios, intentar hacer una foto de la estrella española con el director americano— se muestra fatigado por un viaje largo, en el que una huelga le obligó a permanecer ocho horas esperando en Orly. Se interesa por el trabajo de quienes le interrogan, por la marcha de la revista francesa «Positif», uno de cuyos redactores, Raymond Borde, forma parte del grupo. Dice que no tiene intención de asistir a las sesiones que van a dedicarse a su obra. «Ya he



En la reunión-homenaje que un grupo de asistentes al Festival celebró con Sternberg, éste felicitó a José Luis Egea, director del segundo episodio de "Los desafíos", film al que el Jurado preside el realizador de "El ángel azul" otorgaría la Concha de Plata. Abajo, los participantes en la reunión. A partir de Luis Suárez —de espaldas, con jersey claro—, Víctor Erice, César Santos Fontenla, Lotte H. Eisner, Sternberg, Fernando Méndez Leite, José López Moreno, Nick von Sternberg, Pierre Cadars, Cathy von Sternberg, Juan Julio Baena, Julia Peña, Malki Querejeta, Claudio Guerin, Daisy Granados, Vicente Aranda, José Manuel Fernández, Juan Antonio Porto, Egea...



visto las películas. Las hice yo... Quizá vaya el último día, cuando pasen "Devil is a woman". Pero no sé. Luego se producen fugaces encuentros en los vestíbulos, comentarios sobre los films proyectados cada día, algunos de los cuales han dejado de interesarle. Y surge la propuesta de una reunión informal en la que un grupo de admiradores le rinda homenaje. Un grupo fundamentalmente español, compuesto por los equipos de los dos films españoles a concurso y algunos críticos más o menos jóvenes, al que se agregarán los franceses de «Cahiers», «Positif», «Les nouvelles littéraires», «La dépêche du Midi».

Lo que se había planteado como un pequeño y sincero homenaje extraoficial se transformó, pronto, en un encuentro apasionante, al que podría calificarse de histórico, dado el poco gusto de Sternberg por las entrevistas, sobre todo si éstas son colectivas. Lotte H. Eisner, que sirvió de intérprete con un entusiasmo y una devoción admirables, lo señalaba así. Nunca Sternberg había respondido a tantas y tales preguntas durante tanto tiempo. Al llegar insistió en saber con exactitud quién era cada uno de los presentes. Felicitó a los realizadores de «Los desafíos», en especial a José Luis Egea. Propuso, después de un primer «tempo» de la conversación en desorden, que cada uno, por turno —incluido su hijo Nick—, hiciera una pregunta. Discutió apasionadamente con Daisy Granados, la actriz cubana que participa en «Los desafíos», sobre el problema de la revolución. Lo que sigue no es, evidentemente, más que un extracto de la larga conversación que, a lo largo de más de dos horas, se mantuvo, y en la que las preguntas procedían de distintas personas. Al final de ella Sternberg, dando las gracias, declaró que para él lo más importante del Festival había sido el haber tenido ocasión de contrastar sus ideas con las del grupo que le rendía homenaje. Y, efectivamente, debía pensar así, ya que no se trata de un hombre dado al halago ni siquiera a la cortesía...

«A mí no me gusta demasiado mi cine. No creo que sea algo importante. Me gustan, sí, fragmentos de él. Creo que hay, en casi todas mis películas, momentos logrados. Pero mis intereses son dos: la antropología y la psiquiatría».

Víctor Erice, realizador de «Los desafíos» y autor del primer trabajo importante publicado sobre Sternberg en España a raíz de la retrospectiva celebrada hace un par de años en Mannheim, le pregunta si piensa que el análisis de su obra hecho por los críticos actuales le parece más acertado que el llevado a cabo en su época: «No lo sé. Se han escrito millones de palabras sobre mí, sobre mi obra. A mí me gusta coleccionarlo todo. Pero luego no lo leo, así es que no puedo contestar. De todos modos, ya le he dicho que el cine no es mi interés principal, y yo quisiera que si ustedes me admiran llegaran a hacerlo por mí mismo y no por mi obra». Alguien le pregunta si después de «Anatahan» ha recibido nuevas proposiciones para hacer cine, si tiene intención de reanudar su carrera. «Tengo setenta y cinco años y esa es una pregunta a la que no responderé. Tuve, hace algún tiempo, proposiciones para hacer algo de televisión en color, en Francia. Propuse hacer los "Cuentos droláticos", de Balzac, pero parece que la idea no les entusiasmó. No volvieron a dar señales de vida. Natural-

JOSEF VON STERNBERG

mente, yo tampoco volví a hablar del asunto. Creo que lo menos a lo que puedo aspirar es a realizar los temas elegidos por mí. La libertad en el cine no existe. En ningún aspecto. Siempre hay censuras y productores. Hay que presentar siempre un guión a alguien. Yo creo que si una historia ya se ha contado una vez a alguien, en el guión, no tiene interés volver a contarla en la película. Cada historia sólo debe ser contada una vez.

Se habla de Chaplin. De la negativa del autor de «La condesa de Hong-Kong» a que se estrenara el film «The sea gull», que Sternberg dirigió para su productora. «Soy el único director que ha sido contratado por Chaplin para hacer un film para él. La película sigue sin estrenarse. Pero jamás hemos hablado de ella, ni del asunto. Chaplin es un hombre al que admiro, y cuando he hablado con él lo he hecho de cosas más interesantes. En todo caso, los rumores que existen sobre nuestro enfrentamiento y sobre las razones que pudieran inducirle a retener "The sea gull" son falsos. Nunca nos hemos enfrentado a este respecto. Lo que cuenta Robert Florey en su libro "Hollywood d'hier et d'aujourd'hui" es igualmente falso. Florey era mi ayudante de dirección. Eso es todo». Cuando se trata de Eisenstein, que debió realizar la versión cinematográfica de «Una tragedia americana», la novela de Dreiser que posteriormente Sternberg llevara a la pantalla, Sternberg responde en términos similares. «Le conocí en Berlín, durante el rodaje de "El ángel azul". Pasábamos muchas horas juntos. Pero nunca hablábamos de cine, sino de arte. Eisenstein era un gran pintor, un extraordinario dibujante. Existe en la Cinemateca de Moscú una gran colección de dibujos suyos, algunos de ellos casi pornográficos. Luego, cuando estubo en Hollywood, también nos veíamos mucho, pero tampoco hablábamos de cine». A la pregunta de si Eisenstein había visto «The scarlet Empress» («Capricho imperial») cuando realizó «Iván el terrible», que plásticamente le debe



Capucine, la única estrella auténticamente internacional presente en el certamen como intérprete de "El cadáver exquisito", fue también la única en solicitar ser presentada al "inventor" de Marlene Dietrich.

muchísimo, responde Sternberg. «No lo sé. Sé que le interesaba mucho mi obra. Pero no sé si habría visto el film. En todo caso, no puede nunca hablarse de influencia, ni mucho menos de imitación. Mis obras no han tenido imitadores. Eisenstein era un gran amigo. Cuando, a su regreso de su aventura mexicana, se le quería impedir pasar por Estados Unidos, yo fui uno de los que le avalaron. Era un gran cineasta, que sufrió mucho por las exigencias de la censura staliniana».

Surge la discusión con Daisy Granados. «No creo demasiado en las revoluciones, aunque sí en la revolución. Creo que cuando los revolucionarios llegan al poder tendrían que venir una nueva revolución que pusiera en él a otros, y así sucesivamente. Soy pesimista. Siempre lo

he sido, incluso cuando tenía veinte años. Y he pasado hambre. Hubo una época en la que llevaba un hueso en el bolsillo, que roía de vez en cuando. Creo que, para que todos puedan llegar a ser iguales, a ser lo mismo, tendrían que acabarse los nacionalismos, mandar uno solo. En cuanto a la posibilidad de que la revolución permita que todos sean creadores, creo que incluso en caso de conseguirse la igualdad, los creadores serían siempre unos pocos. He visto muchas guerras, tengo setenta y cinco años, y he llegado a la conclusión de que la única solución es cerrar los ojos ante ellas. Comprendo su entusiasmo, lo admiro, es usted joven, bonita. Deseo que conserve su optimismo, yo nunca lo he tenido. Quizá el cine americano pueda ayudar a la revolución

en el sentido de que las gentes miserables que ven el lujo que en él se muestra sientan deseos de hacerla para obtener lo mismo».

Se habló de muchas cosas más. Libremente. Sin magnetofón. Sternberg se manifestó tal como es, con su concepción aristocrática del arte, su individualismo a ultranza. No se habló de Marlene, cosa insólita y que debió, sin duda, agradecer. Luego, al día siguiente, se decidió a asistir al final de la última sesión dedicada a su obra. Se proyectaba «Anatahan», quizá el más extraordinario de sus films, una reflexión sobre el mundo, sobre sí mismo y sobre su obra anterior. A la pregunta de si lo consideraba su mejor film, respondió Sternberg. «No lo sé. Lo que sí sé es que se trata de un film que gana con el tiempo. Es también el único film del que me siento enteramente responsable. Yo escribí el guión, concebí los decorados, hice la fotografía, escribí y dije el comentario que se superpone a los diálogos japoneses. Yo quería que los actores aparecieran completamente desnudos, en lo que me adelanté a algo que ahora está muy de moda, pero ellos no quisieron. Visto hoy "Anatahan" es un film que, en lugar de ser mirado por los espectadores, contempla a los espectadores desde la pantalla». Quienes habían seguido día tras día, a primera hora de la mañana, el ciclo Sternberg, le tributaron una enorme, entusiástica ovación. Según declaraba luego Lotte H. Eisner, estaba emocionado, a pesar de que hasta el último momento había dicho que le parecía una mala idea el ir a la sala. Si el Festival «oficial» le había ignorado, hubo un grupo amplio, joven, interesado, que no lo hizo. Al día siguiente, Sternberg, con su hijo Nick, volvería, vía Londres, a Los Angeles, en cuya Universidad enseña cine. A un olvido del que sólo le sacan, de cuando en cuando, jóvenes que de algún lugar del mundo llegan para interesarse por su obra, para solicitar una entrevista, para recordarle que es uno de los «grandes» del cine. ■ C. S. F. Fotos: MARTINEZ PARRA.



El público, joven en su mayoría, que siguió día tras día el ciclo retrospectivo de la obra de Sternberg, tuvo ocasión de aplaudirle personalmente y charlar con él al finalizar la última proyección. A la salida, bajo una lluvia torrencial, un realizador español, Pedro Olea, tuvo que encargarse de llevarle de nuevo al hotel.